

En espera de su segundo libro, invitamos pues al lector, al estudioso, a participar del debate leyendo estas 277 páginas polémicas y muy enriquecedoras sobre las voces del superyo.

*Humbelina Loyden Sosa*

## **Sobre el poder, las grupalidades, y sus dimensiones imaginarias \***

### I

Muchos son los tipos de libros que leemos cotidianamente, durante nuestra permanente formación (¿o deformación?) profesional. Algunos, durante su misma lectura, nos dejan la sensación de que están ya convocando nuestro olvido indiferente. Esos son los que pasan, sin dejar huella alguna en nosotros. Otros, en cambio, pese a querer olvidarlos y no pensar más en los removedores cuestionamientos que nos suscitan, no dejan de rondarnos permanentemente. Retornan, nos dan vueltas y vueltas hasta turbarnos, marearnos, a modo de un *ritornello* que quisiéramos poder apartar definitivamente de nosotros.

Dentro de este segundo tipo de textos, podríamos ubicar la importante, original y creativa obra de Fernando M. González que motiva la realización de la Mesa Redonda que nos reúne hoy aquí. Un libro que puedo de entrada calificar como perturbador e imprescindible, así como apasionante e inquietante.

Por cierto no se trata de un libro sencillo. No por un deseo del autor de escribir de modo intrincado o barroco. Este, contrariamente, busca en forma permanente el análisis, intenta ser claro y expositivo, evitando tanto el rebuscamiento innecesario como el lucimiento narcisístico a que tantos libros contemporáneos nos tienen, lamentablemente, acostumbrados. Debemos desconfiar un poco de los deslumbramientos formales, de la retórica, de los fuegos de artificio que a menudo son utilizados tan sólo para

\* Texto leído durante la presentación del libro de Fernando M. González: *Ilusión y grupalidad. Acerca del claro oscuro objetos de los grupos*. Siglo XXI, México, diciembre, 1991. Dicha presentación, se realizó en la Sala de Lecturas, de la editorial, el 7 de febrero de 1992. Participaron Fernando M. Gonzalez, Gilberto Jiménez, María del Pilar Jiménez, José Antonio Carrillo, José Perrés (autor de esta nota) y A. Chamizo (moderador)

esconder las vacuidades conceptuales o las simples variaciones sobre temáticas que necesitarían ya tomarse algunas merecidas vacaciones.

La dificultad del texto radica, por una parte, en la complejidad misma de los problemas abordados, lo que el autor reconoce en forma incesante. No es extraño que su libro termine precisamente con esta frase: "Esperamos que lo aquí escrito haya contribuido en algo a aclarar los niveles arriba mencionados, teniendo presente que la complejidad de lo real desborda con creces nuestra pobre conceptualización". Desde luego, si la conceptualización de Fernando González resultara pobre, como él lo dice, ello sería tan sólo frente a la complejidad de lo real abordado, al igual que resulta pobre –sin excepciones– cualquier intento de teorización en psicoanálisis y/o en ciencias sociales. Por otra parte, se agrega como dificultad a su lectura el estilo austero del autor que no hace concesiones a sus lectores. Alude tangencialmente a una enorme bibliografía, que concierne al campo psicoanalítico, pero también al sociológico e histórico, partiendo del supuesto que dichos lectores disponen de sus mismos referentes, a menudo sin explicitarlos. Por ello, un lector medio y no especializado en las temáticas abordadas, podrá extraviarse fácilmente durante su recorrido. El elevado nivel teórico del texto y del autor (en especial, por los múltiples niveles interdisciplinarios en juego), resulta lo bastante complejo para obligarnos a efectuar una lectura tan cuidadosa como minuciosa y a relecturas posteriores de diversos tópicos que quedan profundizados y resignificados luego, a medida que los capítulos se van sucediendo. Por ello muchos apartados esenciales para la comprensión de su pensamiento se sienten demasiado condensados, ameritando un mayor desarrollo.

Como no podía ser de otra manera, la obra evidencia estar escrita por un investigador que avanza y explora tierras vírgenes, con un paso sigiloso y cuidadoso, mientras va desbrozando el denso follaje con su machete forjado en rigor conceptual, aguda crítica teórica/clínica y una fina y sutil ironía. Esta última, siempre respetuosa, puede llegar a alcanzar sin embargo niveles devastadores tirando abajo de un solo golpe certezas e ilusiones que hemos querido resguardar y proteger en nuestros regazos durante décadas. No en vano el libro lleva por subtítulo: *Acerca del claro oscuro objeto de los grupos*. Paráfrasis inconfundible de Buñuel y de la

última película que nos legara: *Ese oscuro objeto del deseo* (*Cet obscur objet du desir*, 1977).

El estilo de Fernando, que tan bien conocemos en todas sus intervenciones cotidianas, compuesto de vehemencia, apertura al diálogo y fuerza argumentativa, no deja nunca de presentar la veta irónica, tan buñueliana, adoptando a veces un matiz claramente cáustico.

Pero no se trata tan sólo de alguien que reviste su desesperanza, aunque también esto sea legítimo (¿quién no la padece en este fin de milenio tan singular?), sino de un serio investigador que muestra su profundo hastío ante las concepciones totalizadoras, las verdades acabadas, los "discursos cósmicos", como suele llamarlos habitualmente. Y esa ilusión de respuestas, de "completudes", de saberes definitivos que pretenden inútilmente pasar por humildes, inundan la contemporaneidad de nuestro mundo *psi*, como bien lo sabemos. Cada época o momento teórico –y en nuestra vida profesional hemos atravesado muchos, demasiados tal vez– rechaza violentamente las ilusiones totalizadoras del pasado para caer simplemente, con una ingenuidad a veces deliciosa por su obviedad, en ilusiones siempre renovadas, amparadas en nuevas "grupalidades" y en conceptualizaciones que se caracterizan esencialmente por su acriticismo.

Fernando, en su doble condición de psicoanalista y sociólogo/historiador, ha sorteado como pocos los peligros de las generalizaciones fáciles tan comunes en nuestro ámbito. A partir de un solo caso clínico podemos –y solemos– postular una maravillosa teoría –eso sí muy creativa– que no deja de ser un elaborado delirio sistematizado. Fernando González, en cambio, ha incorporado del campo profesional de los historiadores, como me lo ha manifestado muchas veces personalmente, una rigurosidad y precisión que nuestro mundo *psi* no suele exigir ni necesitar ya que, al parecer, en nuestros días todo vale por igual.

Me queda por agregar, antes de terminar esta parte introductoria, que ha sido muy grato para mí poder seguir el pensamiento de su autor en este tópico, desde la génesis misma del presente libro. El primero de sus capítulos, sobre el que el texto se centra, nació de un Seminario que Fernando nos brindó al Departamento de Educación y Comunicación de la U.A.M. Xochimilco y, en especial, a los compañeros que integramos el Área de Investigación

*Procesos grupales e institucionales* de ese Departamento. Pudimos verlo allí, "en vivo y en directo", cuestionar los textos "sagrados" e ir afianzando en la polémica su propio pensamiento. Posteriormente leí la primera versión de dicho capítulo, intercambiando ideas con Fernando. Ahora, al ver el libro terminado, y al complementar mi lectura con tres nuevos capítulos, puedo comprobar el avance conceptual del autor y la rigurosidad de los planteos que fueron tomando cuerpo en él.

Pero es tiempo ya de alejarnos de esta primera introducción general y entrar en algunos apresurados comentarios sobre las ideas expuestas por el autor. Se trata de una tarea nada simple, por cierto, ya que para realizarla en forma cabal se precisaría escribir un extenso ensayo, tal vez otro libro. Nos limitaremos tan sólo a tomar algunos elementos aislados del abanico de líneas que abre a la discusión, a sabiendas que estos breves comentarios serán tan parciales que no podrán evitar de traicionar la riqueza tan matizada del pensamiento de Fernando.

## II

Si bien sería imposible entrar ahora a una descripción minuciosa de los contenidos del libro, recordemos inicialmente que el mismo está compuesto de cuatro capítulos, abarcando el primero ("Ilusión grupalidad y poder. El problema de la dimensión imaginaria del poder") casi la mitad de la obra. Los mismos parecerían, para un observador externo al campo, analizar críticamente objetos muy diferentes: desde la concepción antropológico-social de Freud, y en especial su forma de acercarse a las grupalidades, pasando por los mitos y enigmas familiares, atravesando por los efectos de los diferentes dispositivos clínicos y/o de investigación (individuales, familiares, grupales, institucionales) hasta llegar, por último, al detallado análisis de una institución carcelaria y los graves efectos de los malentendidos allí reinantes. Todo ello aderezado por múltiples viñetas clínicas, a nivel individual y grupal.

Sin embargo, la creatividad del texto y la sutil habilidad del autor radica precisamente en hacernos reflexionar incesantemente, pese a la aparente diversidad temática, sobre los hilos conductores que dan título al libro: *Ilusión y grupalidad*, que se convierten en verdaderos *leit motiv*.

¿Qué es la ilusión? ¿Cómo se gesta, qué la sostiene? ¿Cuáles son sus determinaciones y sus atravesamientos vinculados a los niveles grupales e institucionales? ¿Podemos fácilmente esbozar teorías psicoanalíticas de la grupalidad o de la ilusión? ¿El psicoanálisis como disciplina puede tener respuestas definitivas a problemáticas que se hallan cruzadas por determinaciones y perspectivas antropológicas, históricas, sociales, políticas, económicas, etcétera? ¿No caeremos precisamente en una nueva ilusión al tratar de conceptualizar la ilusión en un registro estrictamente psicoanalítico?

Los derroteros que va tomando Fernando para contestar éstas y otras significativas interrogantes que van emergiendo en su andar, lo llevan a postular una nueva noción de mucho interés como herramienta de trabajo (como deberían serlo en realidad todos nuestros conceptos). Me refiero a lo que denomina "ilusión de la ilusión". La misma es presentada en muchas de sus facetas en el desarrollo de la obra. Podríamos tratar de aproximarnos a una definición diciendo que se trataría de los malentendidos que se generan cuando lo heterogéneo queda subsumido en una ilusión de homogeneidad. Cuando, por ejemplo, creemos que en cualquier acción o efecto grupal, todos sus integrantes expresan fantasías, razones, pensamientos, intenciones o actitudes homogéneos. Estamos ante una noción de gran importancia, ya que gracias a ella –y conjuntamente con la de "ilusión grupal" (Anzieu)– estamos mejor instrumentados para acercarnos de otra manera a un sinnúmero de situaciones, entre ellas nada menos que muchas de nuestras afiliaciones y pertenencias grupales (por ejemplo, pareja y familia) e institucionales, tan cargadas y tan necesitadas de ilusiones y creencias (algunas de estas pertenencias, como bien dice Fernando, son "estructurantes de identidad").

Esta noción de "ilusión de la ilusión" nos encamina directamente, a modo de puente, a otro de los hilos conductores del libro. El mismo tiene que ver con la facilidad con la que, desde distintas disciplinas (entre ellas el psicoanálisis, claro está) se tiende a buscar homogeneizaciones rápidas de los elementos heterogéneos que componen una realidad en estudio. Por ello, si una frase del libro puede citarse como esencial del pensamiento de Fernando González, pese a su aparente sencillez, es la siguiente: "...hay que atemperar esa tendencia a globalizar, a borrar los matices y aplanar

las diferencias, hay que tener cuidado de no pensar de nuevo en una cobertura homogénea..." Pensamiento estrictamente analítico, como podemos apreciar, que ha aprendido, a partir de la clínica, a respetar y a delimitar la singularidad de cada situación en estudio.

Siguiendo esa línea, se podría pensar que estamos ante un libro de carácter teórico-epistemológico que intenta hacer delimitaciones muy precisas, rehuyendo las respuestas fáciles y generalizadas que no hacen avanzar al conocimiento sino que lo obturan. El autor, en esta perspectiva, insiste mucho en delimitar -por ejemplo- las relaciones libidinales de las relaciones sociales. El psicoanálisis, como disciplina, apunta a una teoría del investimento libidinal del campo sociopolítico. Pero si bien esta perspectiva es útil y necesaria, en forma complementaria, de ninguna manera dicho campo sociopolítico, dicha "configuración social" (en términos de N. Elias), lo "histórico-social" (en la conceptualización de Castoriadis), puede reducirse ni remotamente a la concepción de la "psicología social psicoanalítica", introducida por Freud, tan equívoca y reductora. La misma ha sido continuada, en forma indirecta y acrítica, en el ámbito psicoanalítico en distintas líneas teóricas. La podemos encontrar desplazada en las concepciones de muchos psicoanalistas que trabajan con grupos (Anzieu, Kâes, etcétera) a través de la noción de "resonancia fantasmática" (fantasma común a distintos individuos en un grupo), todo lo que es fuertemente criticado por Fernando. Pero su mayor y más grave exponente puede encontrarse en todas las modalidades de "psicoanálisis aplicado", en los que el investigador se siente autorizado -siguiendo a Freud en un espinoso camino- a buscar y a analizar estructuras fantasmáticas totalmente generales, atemporales y transhistóricas, pasando "alegremente" (como repite con mucha gracia Fernando), por encima de los siglos, las diferencias culturales y las especificidades de las conformaciones socio-históricas.

Toda esta línea conduce necesariamente al autor a realizar una de las críticas más precisas, fundadas y significativas que jamás se hayan producido en torno a la llamada "línea antropológico-social" de Freud. Ni el "padre fundador" puede salvarse ante un análisis tan riguroso en el que se van desmenuzando sus contradicciones, sus afirmaciones infundadas, las caídas en generalizaciones apresuradas, etcétera. Vale decir, todas las renegaciones de las singularidades del objeto en estudio y nada menos que de la dimensión

del lenguaje (tan atendidas sin embargo en el campo teórico/clínico del psicoanálisis), así como de las particularidades históricas de los procesos de los que pretende dar cuenta, etcétera.

Todo ello deja ver claramente las limitaciones de la perspectiva freudiana, estrictamente libidinal, que confunde el sujeto psíquico y el sujeto histórico, las relaciones libidinales con las relaciones sociales, las grupalidades artificiales con las permanentes e institucionalizadas (descuidando totalmente la importancia de las "conformaciones institucionales"), deshistorizando así las representaciones colectivas, etcétera, y cayendo en la trampa de abordar *escalas de análisis* diferentes como si hubiera continuidad lineal entre ellas.

Por ello concluye Fernando: "El psicoanálisis no sabe nada de la especificidad de las relaciones y posiciones sociales". Pero digamos que también se hallan presentes y reconocidos los valiosos e incuestionables aportes de Freud a ese registro, que se complementan con las conceptualizaciones de Marx sobre la misma realidad sin siquiera poder cubrir entre ambas perspectivas (evidentemente tan dispares, pero que tanto se necesitan mutuamente) todas las aristas del campo en estudio.

Muchas son las delimitaciones efectuadas por el autor que podrían verse desde una perspectiva estrictamente epistemológica, como son las maneras diferentes en que "la subjetividad" puede ser abordada por las diferentes ciencias sociales o las distintas maneras de pensar la historicidad. Por cierto, que la "historia" de los antropólogos, sociólogos o historiadores no es la "historia" del psicoanalista. Por ello Fernando, en una de sus tantas y significativas conclusiones, mostrará la radical discontinuidad existente entre los órdenes psíquico y sociológico, que tienen sus propios registros e implicaciones, y en los que ninguno puede pretender subsumir o ignorar al otro.

Pero no estamos sólo ante un libro teórico o epistemológico. Uno de los desafíos de Fernando González es el de mostrar que entre el trabajo clínico a nivel individual, con parejas, familias, grupos, instituciones (y seguramente comunidades, que no aborda en este texto), no existen sólo discontinuidades (lo que resulta evidente por tratarse de objetos de estudio que funcionan a escalas muy diferentes), sino verdaderas trasposiciones, retraducciones. Pero también, para cierto nivel de análisis posible, líneas de con-

vergencias, articulaciones, mediaciones, transformaciones y complementariedades, que merecen ser meditadas, elaboradas y conceptualizadas seriamente. Por ello no deja de analizar el autor a nivel teórico, con mucho detenimiento, los alcances y limitaciones de cada uno de esos abordajes clínicos y los efectos de los dispositivos que se establecen para esos abordajes, así como las graves distorsiones que pueden generarse al confundir las escalas de análisis.

Pero no nos engañemos: tampoco nos encontramos ante un libro estrictamente "clínico" (en su sentido más restringido) y Fernando sin decirlo explícitamente nos recuerda algunas verdades del señor Perogrullo tan olvidadas por algunos sectores. No hay clínica sin teorizaciones cada vez más sutiles, ni puede haberla, aunque la recíproca tiene también la misma validez, de lo que también se reniega bastante actualmente.

¿A quiénes puede interesar el libro de Fernando? ¿A quiénes está dirigido? Nos encontramos aquí ante un problema muy interesante vinculado a las marcadas "especializaciones" del mundo *psi*. Muchos analistas dirán, probablemente, y desde luego sin tomarse la molestia de leerlo, que ese libro no les compete porque se refiere a "los grupos y a las familias" y aún más a lejanos "problemas sociales y políticos"; vale decir, a esas entidades imaginarias, tan imprecisas y poco definidas, que se hallan muy alejadas del "verdadero" psicoanálisis y del "sujeto del inconsciente"

En nuestro medio suele haber dos respuestas al respecto, ambas sumamente discutibles. Por un lado, la respuesta más "purista", a nivel teórico, que anatemiza toda forma de acercamiento clínico que no sea el análisis individual. Por otra, la respuesta más "práctica" (o de "practicantes", o "practicones" del mundo *psi* si queremos ser más precisos), que homogeneiza y valida todos los abordajes, en forma totalmente acrítica, como si existiera en ellos una suerte de continuidad lineal a todas luces evidente. Ambas posturas resultan seriamente cuestionadas por los desarrollos teóricos del libro de Fernando. ¿Se atreverán los representantes de ambas posturas a leer y meditar este texto? Sería importante ya que todos los que habitamos ese extraño mundo *psi* nos vemos confrontados por esta obra a repensar nuestras evidencias y a cuestionar nuestras certezas. Pero no sólo nuestro mundillo *psi* se halla interpelado por el libro, sino que concierne directamente a todos aquéllos que



pretenden reflexionar sobre las ciencias sociales, las que no resultan inmunes a los cuestionamientos e interrogantes que implacablemente va sembrando Fernando González. Interrogantes que, afortunadamente, no pretende contestar con nuevas ilusiones doctrinarias de completudes teóricas. El espectro de lectores potenciales es por ello enorme, aunque bien sabemos que las orejeras disciplinarias suelen ser determinantes de nuestros reductos de ignorancia y de nuestras lamentables ingenuidades. Ello resulta evidente cuando pretendemos abordar, desde nuestros saberes, realidades que no se dejan reducir a miradas unidisciplinarias y terminan burlándose de nuestras "verdades" totalizadoras.

¿Qué aportaciones críticas hacerle al libro de Fernando? Muchos de los temas trabajados por él constituyen mis propias preocupaciones teóricas y el objeto de mis intentos de reflexión e investigación. En especial todo lo que concierne a la necesidad de romper con las reductoras lecturas unidisciplinarias para poder acercarnos de otra manera a la complejidad de los problemas en estudio, a través de perspectivas multirreferenciales y de lo que he denominado, buscando articular conceptos de Ardoino y Deveureux, "complementariedad multirreferencial". Concuero con casi todos sus planteamientos los que además me iluminan un cúmulo de sendas oscuras a ser trabajadas.

Más que críticas, entonces, me gustaría abrir el debate y el diálogo sobre puntos muy polémicos, como por ejemplo las complementariedades posibles entre "sujeto psíquico" y "sujeto histórico", o las diferentes maneras disciplinarias de concebir la "subjetividad" y la "historia", o el lugar del llamado "psicoanálisis aplicado", o la existencia o no de fantasmas universales y la discusión de su supuesto carácter transhistórico, o las reflexiones comparativas entre los dispositivos clínicos individuales y grupales, en sus divergencias, sus convergencias posibles y sus complementariedades. No se nos escapa que cada uno de ellos ameritaría de una mesa redonda exclusiva pero constituyen puntos nodales de nuestras reflexiones teórico/clínicas.

Sólo me restaría solicitarle a Fernando que continúe trabajando en esta línea, que pueda profundizar aspectos que quedaron en tinieblas o poco desarrollados en este libro, como es precisamente uno de los subtítulos del primer capítulo: "el problema de la dimensión imaginaria del poder". No creo que, pese a sus intentos en el

texto, haya trascendido un primer acercamiento recatado a una de las interrogantes esenciales que introdujo desde el primer capítulo, y que ha sido tan poco trabajada a lo largo y ancho de un siglo de psicoanálisis. Decía así: "¿Tienen algo que aportar la teoría y la práctica psicoanalíticas a la problemática del poder en su dimensión imaginaria?" Me queda por último una confesión: después de leer el libro que nos ocupa, su seriedad y las líneas que abre a la reflexión y a la elaboración, debo reconocer que en mis propios escritos sobre temas convergentes no he hecho sino balbucear *infantilmente*.

Gracias, Fernando, por tu libro: las des-ilusiones resultan esenciales para toda posibilidad de pensar y producir.

*José Perrés*